

EL CASTELLANO

SEMENARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Se publica los jueves.

Suscripción.

Calle de Núñez de Arce, núm. 7

Anuncios económicos.

PAGO ADELANTADO.

Un año.....	8,00 pesetas.
Número suelto.....	0,06
Idem atrasado.....	0,10

LA CONQUISTA DE TOLEDO

Indiferente es hoy al pueblo de Toledo la fecha del 25 de Mayo, olvidada por completo. A no ser por algún erudito, los demás toledanos ignoran qué efeméride de sus antepasados es la que tienen que recordar en ese día.

Y no es de la indiferencia ó ignorancia general del pueblo toda la culpa, lo es de las Corporaciones municipales que se han venido sucediendo á través del turbulento siglo XIX, que jamás han hecho nada por conservar en el pueblo vivo el recuerdo de las felices jornadas del inmortal y heroico Rey Alfonso VI, que dieron por resultado la conquista del centro de gravedad de la España musulmana de la antigua metrópoli del imperio visigótico, del punto radial de la Fe, de las costumbres y de las leyes que informaron y dieron fisonomía propia y adecuada á aquellas generaciones de héroes legendarios y caballerescos que luego se llamaron: castellanos, catalanes, navarros y aragoneses, y que habían de ser el asombro del mundo y de la historia en sus titánicas luchas para edificar el incombustible edificio nacional sobre el viejo solar de la Patria española.

Culpa es también de la Prensa local el que, al llegar esta fecha memorable, no evoca un recuerdo siquiera á aquel hecho, determinante de nuestra grandeza de la Edad Media, que empezado en ella, termina en la del 2 de Enero de 1492, en que el gran Cardenal Mendoza, Arzobispo de Toledo, enarbola la Cruz y el pendón real de Castilla en las torres de la Alhambra de Granada.

Tan sólo la Iglesia Catedral Primada hace en este día memoria especial en sus rezos de aquella venturosa epopeya que devolvió los esplendores de la Fe á la ciudad de Santa Leocadia, de San Idelfonso y de los celeberrimos Concilios.

Tiempo es ya de que cesen esa indiferencia positivista en los unos y esa estulticia en los más, y dispongámonos hoy desde las columnas de EL CASTELLANO á recordar aquel día de júbilo y grandeza de la Patria y de la cristiandad.

Corría el año 474 de la hégira y 1081 de nuestra redención, y reinaba en Toledo Jahia, hermano menor de Hixem é hijo de Al-Mamún, y considerándose el Rey de Castilla Alfonso VI designado del pacto concertado con este último, por el que se había comprometido á no hacer armas contra él ni contra su primogénito mientras reinara; en agradecimiento á la generosa hospitalidad que le dispensaron durante su emigración, por quererle obligar su hermano Don Sancho á profesar en el monasterio de Sahagún, donde le tenía recluso, y atendiendo por otra parte á las embajadas que le enviaban constantemente los mozárabes, invitándole para que acudiera á libertarles del ominoso yugo con que los oprima el irascible y cruel Jahia, determinó el hijo de Fernando I el Magno á emprender vigorosa campaña contra el reino musulmán de Toledo.

Cuatro años empleó éste en talar los campos, tan luego estaban en sazón las cosechas, en destruir los poblados, en exterminar á sus habitantes infieles y en apoderarse de todas las fortalezas que defendían las fronteras, entre ellas Majeriz (Madrid); y después de acosarlos por todas partes y de derrotar un ejército de socorro del emir de Badajoz, llegó á la Vega y allí sentó sus reales para dar comienzo al asedio de la plaza.

Con el objeto de privar á Jahia de protección alguna por parte del poderoso Rey de Sevilla Ebn-Abel, establece un tratado de paz y alianza con él, el astuto Alfonso, mediante el cual recibía como prenda de garan-

tía á su hermosa y gallarda hija Zaida para unirse con ella en matrimonio; pues que en matrimonio lo estaba ya en segundas nupcias con D.^a Constanza de Borgoña (1).

Repugna este vergonzoso pacto, que, sin embargo, proporcionó á la corona de Castilla las villas de Huete, Ocaña, Mora, Alarcos y otras plazas menos importantes, que traía en dote la bella Zaida.

Cerrado por todas partes el horizonte de Jahia y fatigado por la revolución que surgía en el interior de la ciudad, motivada por su insuportable tiranía y por la no menos insuportable hambre y peste que diezmaba la población y por las arrogancias de los mozárabes y judíos, abatióse de tal manera el ánimo de aquel soberbio Monarca, que se vió obligado á proponer la capitulación al castellano, obteniéndola en condiciones analogas á como la recibieron cuatro siglos antes los sectarios del falso profeta.

Dichas condiciones fueron: entregar todas las fortificaciones de la plaza y sus puentes y la huerta llamada del Rey, que disfrutó D. Alfonso durante su destierro; libertad á Jahia y á sus súbditos que quisieran seguirle, con sus haciendas y bienes muebles, para ir á Valencia; respeto de las vidas y propiedades á los que quisieran continuar en la ciudad, sin imponerles más tributos que los que venían pagando á su antiguo Rey; conservación de sus caudales ó bienes propios para que los administrasen justicia según las leyes musulmanas y conservación, respeto y tolerancia de sus mezquitas y ejercicio público de su religión. Creándose así la nueva raza de los mudéjares.

Ratificadas definitivamente estas capitulaciones, salió de la plaza para siempre el estandarte de Mahoma, y entró gallarda y triunfante la santa enseña de la Cruz, acompañada del victorioso pendón de Castilla, el 25 de Mayo de 1085, por la hoy tapiada, casi enterrada y ruinosa, puerta vieja de Visagra; que para honra de la Historia y orgullo de los toledanos, debiera el Ayuntamiento abrir y restaurar, salvando de los ominosos escombros del olvido tan respetable monumento, testigo mudo y presencial del heroísmo, de la fidelidad y de la constancia de aquellos nobles guerreros que nos legaron esta Patria bendicha de gloria, y que en nuestra actual decadencia y automecimiento no tenemos ni aun alientos para admirarla como se merece.

Manuel Castañeda y Montijano.

DESPUÉS DEL CENTENARIO

II

Decíamos en el número anterior que el desconocimiento del *Quijote*, de su autor y de la época que vió nacer el segundo y en la que apareció el primero, no era sólo patrimonio de la clase del pueblo, sino también de algunos que pasan por sabios y por maestros en la literatura y que son ídolos del pueblo, los cuales han inventado un Cervantes y un *Quijote* á gusto de sus pasiones é ideas malsanas, haciendo á Cervantes burlador y despreciador de su Patria, enemigo de la Religión en que vivió y murió y revolucionario por añadidura.

Decíamos también que á los tales inventores convenía que así fueran Cervantes y el *Quijote*, para de este modo despalearse á su gusto, arrojando cieno en abundancia sobre la España grande de los siglos XVI y XVII; y ahora preguntamos: en el alma hermosa y noble del Manco de Lepanto, ¿podían anidarse sentimientos tan ruines y bajos? ¿Existen lunares tan horribles en el libro inmortal, hijo de aquel privilegiado ingenio? ¿Es cierta la pintura que hacen de la España del siglo de oro de nuestra grandeza y poderío?

(1) Esta Zaida se hizo cristiana y fué bautizada con el nombre de Isabel, y de ella tuvo D. Alfonso el único varón, el Infante D. Sancho, muerto en la batalla de Uclés, cuya desgracia ocasionó la muerte del Rey, lleno de años, de gloria y de desventuras.

¿Existen lunares tan horribles en el libro inmortal, hijo de aquel privilegiado ingenio? ¿Es cierta la pintura que hacen de la España del siglo de oro de nuestra grandeza y poderío?

Dejaremos que por nosotros contesten dos votos de calidad, dos autoridades en la materia, una de ellas nada sospechosa por cierto, y de este modo no se nos tachará de parciales y apasionados.

«Pero si Cervantes merece mucho por su fecundo ingenio y esquisita erudición, no es menos digno de aprecio y de la memoria de la posteridad por las altas prendas y virtudes de su corazón. Supo, como verdadero filósofo cristiano, ser religioso y timorato sin superstición; celoso de su creencia y del culto sin fanatismo; amante de su patria y de sus paisanos sin preocupación; valiente y leal en la guerra sin presunción ni temeridad; generoso y caritativo sin ostentación; agradecido con extremo, pero sin abatimiento ni adulación; ingenio y sencillo, hasta apreciar tanto que le advirtiese sus errores, como que le alabasen sus aciertos; moderado é indulgente con sus émulos, habiendo contestado á sus sátiras é invectivas sin descubrirles ni herir á sus personas; y finalmente, jamás vendió ni prostituyó su pluma al favor ni al interés; jamás la tñó con la sangre ni con el deshonor de sus prójimos; jamás la usó sino para el bien y la felicidad de sus semejantes; y siempre fué pródigo de alabanzas, hasta el punto de haber sido severamente censurada esta facilidad, que aunque honorífica á su corazón, contradice la rectitud de su juicio y la imparcialidad de su crítica.»

Así escribe en su «Nueva vida de Cervantes», adoptada y publicada por la Real Academia en una de sus ediciones del *Quijote*, D. Martín Fernández de Navarrete.

El otro testimonio nos lo proporciona lo que puede llamarse testamento literario de D. Juan Valera, cuya autoridad, por sus antecedentes políticos y literarios, por sus ideas para los revolucionarios nada sospechosas, por sus inmensos prestigios de literato y pensador, parecemos que ha de ser de gran peso: Dice así:

«Cervantes propendía á la credulidad y repugnaba el escepticismo, cómo ha podido suponer nadie que Cervantes dudó nunca de la grandeza de su Patria, que censuró las doctrinas y principios que informaban la civilización y el gran ser de España en su tiempo, y que lo escarneció todo, empuñándose en reformarlo, ó más bien en trastornarlo, como el más audaz progresista, librepensador y revolucionario de nuestros días?»

«Al que busca en el *Quijote* una doctrina exótica de reformador revolucionario, una solapada sátira social y política, algo que propenda á socabar las bases de la sociedad en que vivía, á fin de fundar ciudad y modo de ser nuevos, abominando y maldiciendo lo existente, lo comparo yo al Rey de Moab cuando engatusó al Profeta y le envió á que maldijese á Israel desde la cumbre de la montaña; pero el Profeta vió al pueblo de Dios acampado en la llanura, y el espíritu del Altísimo se echó sobre él y llenó su alma, y en vez de maldice, entonó un cántico de alabanzas y colmó á Israel de proféticas bendiciones.

«Imposible parece que la obcecación de algunos comentaristas haya llegado hasta el extremo de convertir en desaforado progresista á un español tan de su época como Cervantes, tan á prueba de desdenes, tan resignado con su pobreza, tan conforme con su condición menesterosa y humilde, tan confiado en la grandeza de su Patria, tan entusiasta de sus pasadas glorias y tan seguro de sus altos y futuros destinos.»

«Todavía me parece más destinado quien califica á Cervantes, no ya como contrario de su Patria, sino como contrario también y despiadado burlador de creencias llenas de benéfica poesía, calificándole antes de ilustres en nombre de una realidad malsana.»

«Cuando lo mejor del mundo era nuestro; cuando unido Portugal á España, nuestro imperio se dilataba por el remoto Oriente, y nuestro pabellón ondeaba ocho ciudades y fortalezas de la China y de la India; cuando nuestros soldados y nuestros misineros llevaban la Religión, el habla y la cultura de España por mares nunca antes navegados, y así entre naciones y tribus selváticas, como por Italia y por Flaudes, y por otras regiones no menos cultas y adelantadas de Europa; cuando atajábamos el arranque invasor del turco y empujábamos hacia el Norte la herejía luterana no marchitos aún los laureles de San Quintán y Lepanto, y más engreídos por la gloria que reaciosos de vecindad y de caída, se gran disparte imaginan que se propusiese Cervantes en el *Quijote* resque de su nación y de los sentimientos y doctrinas que le habían subido á tanta altura, y que se propusiese reformarlo y cambiarlo todo.... Y no digamos que esta resignación y esta conformidad hicieran abyectos á los españoles de entonces, incapaces para el adelanto y para las mejoras. No digamos.... cediendo á flamantes preocupaciones, y haciéndose eco de forasteras y literalescas columnias, que el despotismo fanático puso en el español corazón de esclavo, degradándole y despojándole así del imperio del mundo. En ningún personaje del *Quijote*, representación fiel de los hombres y de la vida de España en aquella época, se advierte el menor rastro, el más leve signo de minuciosa servil, de vileza ó de mansedumbre extremada. Nótese, por el contrario, al par de la subordinación y respeto á la autoridad, fundada por Dios y por ministerio del pueblo, á quien Dios inspira el amor de igualdad, el más soberbio espíritu democrático y la independencia más brava, la cual raya á menudo en menoscprecio, cuando no de la autoridad misma, de sus inferiores agentes ó ministros....»

«Estos trozos, y otros que omitimos del hermoso discurso de D. Juan Valera, discurso leído en la sesión celebrada en la Academia con motivo del Centenario, son, al par que la mejor defensa de Cervantes, del *Quijote* y de la España de ese tiempo, el desprecio más soberano hacia los que se meten á hablar y escribir á tontas y á locas de lo que no entienden, y la más severa censura de las escandalosas libertades que suelen tomarse los literatos é historiadores de momento.»

Después de lo transcrito, ¿qué hemos de añadir nosotros?

Únicamente que si la nota amarga de las fiestas del Centenario la ha constituido el hecho de que durante su celebración se haya demostrado que el pueblo desconoce el *Quijote*, en cambio han quedado dos notas buenas: estimular la atención y la curiosidad del público hacia el libro de Cervantes, que lo teníamos lastimosamente olvidado, y aplazar con el peso de la autoridad de don Juan Valera y de otros eminentes comentaristas del *Quijote*, la invención injuriosa y estúpida de tantos literatos fallones y malandrines, que han querido interpretar el *Quijote* según sus deseos, buscando en él un programa imaginario de anticlericalismo y antiespañolismo, y han supuesto á Cervantes novelador de la España, de la decadencia.

Por ésto sólo merece todo género de alabanzas el desmemorado Centenario, la entera ofrenda de la España oficial al Príncipe de los ingenios españoles.